

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



LOS LLANOS DE TROYA

Ángela Pinacho

LOS LLANOS DE TROYA



Primera edición: julio de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ángela Pinacho

ISBN: 978-84-128762-8-4

ISBN digital: 978-84-128762-9-1

Depósito legal: M-16678-2025

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

*A Esther y Cristina, ejemplos de valor,
resiliencia y aceptación de algo
tan injusto y trágico como el cáncer.
Os llevo siempre en el corazón.*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

CONTAR LO CIERTO Y CONTARLO BIEN

Pongamos cada cosa en su valor: un mayor conocimiento del tema sobre el que uno escribe, no implica necesariamente un mejor producto final (en especial si es un producto literario, que no debería ser un producto en absoluto). En los últimos veinte años han surgido numerosas y numerosos autores de novela negra que son a la vez miembros de algunos de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado.

Algunos han consolidado sus carreras, otros arrojaron la toalla (o el bolígrafo). Muchos de esos libros han sido excelentes, en otros faltaba la segunda pata imprescindible para sostener toda la novela, policial o no: el equilibrio entre el conocimiento del tema y la forma de narrarlo, el desarrollo del personaje sin aburrir con millones de datos biográficos innecesarios, personajes que estén apegados a la realidad y no sean estereotipos con distintas disfunciones o adicciones en curso o en plan de superación. En resumen: contarlo bien además de contar lo cierto.

Este es el caso de *Los llanos de Troya*. Una primera novela escrita por alguien que conoce la temática por dentro y también conoce las profundidades del Tenerife que narra. Una historia

narrada con sobriedad y una protagonista creíble y querible en su doble papel, a veces agotador, de madre y cabeza de un grupo policial de investigaciones. Diana Uribe es una mujer divorciada, inspectora de Policía Nacional y madre de un niño con un carácter complejo y una inteligencia siempre desafiante. Dirige el Grupo de Personas de la Comisaría Sur de la isla, dedicado a investigar homicidios, lesiones y casos similares.

Para cumplir su misión cuenta con subordinados que podrían encontrarse en muchas comisarías y, sin embargo, no son meros estereotipos: desde Damián, el policía veterano y serio, que conoce tan de cerca las heridas de la calle que puede ejercer la compasión sin renunciar a sus obligaciones, hasta Caco, el joven madrileño atlético y preocupado por su apariencia, pero celoso en el cumplimiento del deber, pasando, por supuesto por Manuel, el cerebritito, atento —a veces en exceso— a cualquier detalle, pero que aporta al grupo esa perspectiva que ayuda a resolver los casos. Completa el panorama una recién llegada: Marina, joven mujer policía oriunda de Canarias y que vuelve desde Madrid tras sufrir el ostracismo por denunciar la corrupción de uno de sus jefes. Marina vuelve al lugar del que alguna vez se fue, cansada de la opresión familiar.

Este grupo enfrenta un caso inaugural contado con excelente ritmo, tan veraz como apasionante, una investigación que permite vislumbrar en sus entresijos las estructuras de poder de una sociedad afectada por el turismo masivo y la concentración de poderes locales.

El caso en sí tiene el atractivo de lo clásico: Violeta, una transexual aparece asesinada cerca de la zona donde ejerce la prostitución. Un suceso aparentemente destinado a una mención marginal en los informativos... salvo por relaciones ínti-

mas de la fallecida con un concejal de Urbanismo y un gran proyecto en ciernes.

Pese a las presiones oficiales y oficiosas, Diana y su equipo investigan todas las pistas posibles, llevándonos en un recorrido por la Tenerife secreta que a menudo no vemos los turistas, pero que gravita en el día a día de quienes viven allí.

Es aquí donde la novela nos atrapa sin trucos. Podemos llegar a sentir que investigamos junto a la inspectora Uribe y su grupo. Vamos sabiendo más de los personajes y de la isla mientras afloran diferentes respuestas a la pregunta principal: ¿quién mató a Violeta y por qué?

En esta primera novela, Ángela Pinacho esboza las líneas de un estilo propio y realista pero a la vez, dotado de la capacidad de atrapar al lector y sentarlo en el asiento de al lado del coche policial, sin exceso de datos ni de jerga profesional. La humanidad de los personajes se apoya en su credibilidad, sin perder por ello el valor literario de una narración de novela negra que mientras busca la verdad como finalidad, nos permite asomarnos a los oscuros laberintos del poder.

Auguro que *Los llanos de Troya* será solo el primero de muchos casos de Dina Uribe, y ya esperamos el próximo con impaciencia.

CARLOS SALEM

1

NUEVA VIDA

Sentada en la mecedora, Diana mira el horizonte que comienza a aclararse mientras espera que hierva el agua para disfrutar del primer té del día. Piensa que hay un momento en el que amanecer y crepúsculo se parecen demasiado.

Las nubes pasan despacio y en silencio, pero sin cesar.

Transportan una lluvia inminente, que pasa de largo y mojará otra tierra para volverla fértil. Ella, sin embargo, se siente un ser yermo.

Y como ocurre por lo menos una vez al día, vuelve a recordar aquella noche, hace un año y medio.

Una noche que podría haber sido igual a tantas.

También sostenía una taza de té cuando llegó Víctor, con su eterno pesimismo y sus críticas a todo lo que Diana hiciera o pensara. Víctor, con esa forma de ser Víctor que, desde hacía años minaba su autoestima y amenazaba con contagiarle una decepcionante visión del mundo que él no intentaba cambiar pese a sus ruegos.

Se anunció con un gruñido de la cerradura al abrirse.

Entró sin saludar y fue a husmear a la cocina.

—¿No has hecho la cena? —dijo al volver.

Ella respondió con apatía:

—Porque hoy habíamos quedado para cenar fuera. Si hasta dejé al niño en casa de su amiguito Quique, por si volvíamos tarde... ¿Lo habías olvidado?

Lo dijo sin enfado y sonó como si la equivocada fuera ella. Se levantó sin soltar la taza y se acercó a él.

Víctor la rechazó de mal humor.

—¡Después del día de perros que he tenido en el trabajo, estoy yo como para aguantar a los idiotas de tus amigos!

La rabia postergada creció dentro de Diana hasta invadirla por completo, llenando como un líquido hirviente el vacío de su matrimonio.

Lanzó la taza contra el piso.

Estalló en decenas de añicos que se dispersaron por la cocina.

Víctor la miraba sin comprender.

Diana comprendió, mientras intentaba contar los fragmentos de porcelana.

Cada uno representaba una de las razones que le habían impedido marcharse: su hijo Federico, el tiempo compartido en común, la costumbre, el brumoso recuerdo de un cariño pasado que parecía irreal, el temor a lo incierto, el qué dirán de familiares y conocidos...

Supo que había más añicos que motivos.

Y que las razones para quedarse eran muy pocas.

Cogió su bolso y abandonó la vivienda.

El silbido de la tetera la devuelve al presente.

Sacude la cabeza, irritada por recordar a diario aquella noche, de la que no se ha arrepentido ni una sola vez, pero que no deja de volver a su mente.

Y lo más incongruente es que la evoca siempre a primera hora de la mañana, lo que no es un buen presagio de cómo será la jornada.

Consulta la hora y le quedan quince minutos de silencio antes de despertar a Federico.

Los aprovechará descansando.

Toda energía es poca cuando tienes que hacer que tu hijo de seis años se prepare para ir a clase.

Va hacia la cocina, se prepara el té y aunque el calor de la taza le quema un poco las manos, la sujeta con determinación.

No dejará que caiga al suelo.

2

TROYA

Diana Uribe Martínez nació en Santander y tiene cuarenta y dos años. Un metro sesenta y cinco de estatura, complexión atlética, piel tersa y clara que, desde que vive en el sur de Tenerife se ha vuelto dorada en las zonas más expuestas al sol. Su pelo castaño rizado a la altura de los hombros, deja asomar las primeras canas que se resiste a ocultar, porque no es demasiado coqueta.

Le gusta correr y detesta ir de compras.

Su carácter afable le ayuda a gestionar a su equipo y sacar lo mejor de cada uno de sus miembros, pero la auto-exigencia permanente y su tendencia al perfeccionismo le niega la satisfacción que merece. Intenta ser feliz compaginando la maternidad con el trabajo como inspectora de policía, mientras a solas sigue lamiéndose las heridas del fracaso que supuso la separación.

Despierta al niño a las siete y media y realiza con precisión los malabares cotidianos: preparar el desayuno del chiquillo, la mochila, los libros y un sin fin de detalles que no puede compartir con nadie. Gajes del oficio de mujer emancipada que trabaja con la doble jornada.

Deja al pequeño en la escuela, y aprovecha el atasco en dirección a la comisaría para engullir un *croissant* (nada hipocalórico).

Y aunque parezca un milagro, llega puntal al trabajo.

Como siempre.

No le da tiempo a cruzar la puerta de entrada y casi tropieza con Manuel, que le informa, sin apenas mirarla:

—Ha habido un homicidio en la calle Llanos de Troya, jefa —le muestra una carpeta—. Tengo todo el material ya conmigo.

Mientras caminan hacia el coche, Diana mira de reojo a su subordinado.

Manuel López Ruiz. Treinta y ocho años. Alto y desgarrado, no es feo, pero está lejos de ser uno de esos guaperas con musculitos de la Corporación. Tímido e introvertido, con un humor ácido y una inteligencia muy superior a la media, que solo emplea en la resolución de casos y los juegos en línea. Pésima caligrafía. Frustrado porque liga poco, aunque no se preocupa por mejorar su físico y su carácter. Su ideología socialista —a veces marxista—, suele generar discusiones con compañeros más conservadores. Pero siempre va un paso por delante de los demás en la resolución de los enigmas. Es indispensable en el equipo, debido a su olfato policial y una devoción cuasi mística por el trabajo, motivada quizás por no tener una vida propia más allá.

Comparada con él, Diana tiene a veces la sensación de ser, más que su jefa, la novata, la *pepinilla* en el argot policial. Pero sabe que su función como líder no es brillar por encima de los demás, si no conseguir que el trabajo se haga combinando lo mejor de cada miembro del equipo.

Y para lograrlo, procura limitar el contacto de Manuel con el resto de la humanidad, aunque en la práctica lo apoya, sin excepción, por excéntricas que sean sus peticiones, ya que siempre da en clavo.

Damián Blanco Fernández, el oficial del grupo y mano derecha de Diana, los espera dentro del vehículo con el motor en marcha. Ella sube delante y Manuel detrás.

Como es su costumbre, el oficial viste con colores neutros que lo ayudan a pasar desapercibido. A sus cincuenta y cuatro años, aún es un hombre atractivo y una *rara avis* en la Policía. Atrae la mirada de muchas mujeres, aunque él no mira a otra que no sea la suya.

Correcto en las formas, hace gala de la sensatez que acompaña a la experiencia. Es respetado por Manuel y por Caco, y no solo por su rango. Cuando los dos agentes discuten, Damián hace de mediador, con firmeza paternal y siempre logra desactivar los enfrentamientos. Diana intenta mantenerse al margen, que bastante tiene con trabajar, cuidar al crío y pasar su duelo.

—¿Caco no viene?

Manuel responde primero y con ironía:

—Ayer comentó que por la noche iba a quedar con una chica de Tinder. No me extraña que llegue tarde. Lo llamé antes, pero no lo cogió.

—Vamos para Llanos de Troya, entonces —suspira la inspectora.

Francisco Torres Molina, más conocido como Caco, es muy trabajador, aunque tiene serios problemas con la puntualidad que, con un jefe menos tolerante que Diana, le habrían valido ya la apertura de más de un expediente disciplinario. De algún modo, compensa la falta de puntualidad con una gran implicación en los casos. Es entusiasta y a veces un tanto impulsivo.

La distancia al lugar del crimen es de apenas dos kilómetros y al llegar aparcan detrás de un par de zetas que ya se encontraban allí.

En cuanto llegan a la zona acordonada, se acerca Ángel, el oficial de los policías de Seguridad Ciudadana.

—Buenos días, jefa. Alrededor de las ocho entró una llamada por Sala. Un hombre avisó de que había una mujer muerta en la parte interior de los árboles paralelos a Llanos de Troya, en la esquina con la avenida Arquitecto Gómez Cuesta.

—Es lo que oficialmente se llama parque Tiger Woods —interviene Manuel, sin percatarse de la mirada de fastidio del otro—. Pero nadie lo conoce como tal.

—Nos personamos los indicativos América 31 y 32 —retoma Ángel sin mirarlo—. Al llegar vimos al requirente muy alterado y lo que parecía una mujer tumbada en el suelo, inerte, debajo de unos árboles. No encontramos el bolso ni ninguna pertenencia cerca de ella.

—¿Interrogaron al testigo?

—No ha aportado nada relevante. Es uno de esos *runners* que salen por la mañana a trotar antes de ir a trabajar.

Diana se acerca más a la víctima.

Caucásica, de piel bronceada. Pelo largo liso teñido de rubio oscuro, con raíces negras asomando. Pestañas postizas, nariz prominente, labios finos. De un metro ochenta, compleción atlética. Uñas pintadas de blanco. Lleva un pantalón corto de tela color verde a juego con la camiseta y una cazadora de cuero. Zapatos negros de plataforma y una pulsera roja de tela atada al tobillo.

Manuel observa la escena, ajeno a los comentarios de los demás. No le interesan las personas y sus opiniones, prefiere la objetividad de los hechos y las pruebas. Aunque últimamente, se dice la inspectora, parece más distraído que nunca.